

de ella. Es imposible describir la inmensa muchedumbre y la afluencia de corporaciones que acudieron á verle; la profusión de discursos con que le saludaron, y la abundancia de banquetes con que se vió obsequiado. Las señoritas más ilustres ofrecieron ramos al *hombre del día* y los hombres de Estado más eminentes presentaron sus homenajes; Garibaldi fué ostentado en el teatro de *Covent-Garden*, presentado al Parlamento, paseado por el *Palacio de cristal*, y el *héroe* pronunció toda clase de discursos reivindicando Roma y Venecia para su patria. Además pudo substraerse á las ovaciones de sus admiradores y visitar á Mazzini; pero al llegar á este punto, Inglaterra, considerando que aquel triunfo, de prolongarse demasiado, podía ser comprometedor, persuadió á su huésped de que tantas emociones podrían alterar su salud y de que la herida que recibiera en Aspromonte amenazaba abrirse, y con muy buenos modos lo embarcó. El eclipse fué tan rápido como ruidosa había sido la apoteosis, y los diplomáticos pudieron asistir, durante la suspensión de sus trabajos, á aquel encumbramiento y á aquella decadencia. Muy distinto era el espectáculo que ofrecía en el entretanto el país de Cristián IX; allí los daneses, retirados en sus islas, rendían piadosamente los últimos tributos á sus muertos, y los aliados, libres ya por el lado de Düppel, avanzaban en gran número al través de Jutlandia para apoderarse de Fredericia.

La conferencia volvió á reunirse en 25 de abril bajo la presidencia de lord John Russell, con asistencia esta vez de los plenipotenciarios alemanes. Una cosa se imponía ante todo á la asamblea, la suspensión de las hostilidades; pero en este punto los vencedores demostraron su intransigencia, pues así como los daneses se manifestaban dispuestos á levantar el bloqueo de las costas durante el armisticio con tal que sus adversarios evacuaran la Jutlandia, los aliados pretendían quedar libres en el mar, gracias al levantamiento del bloqueo, y en tierra no ceder absolutamente nada. La discusión duró tres sesiones, y mientras de tal suerte se deliberaba, la sangre seguía corriendo. El 28 de abril se rindió Fredericia, y el 9 de mayo trabóse un combate naval cerca de Heligoland, entre daneses y austriacos, combate en el cual resultaron los primeros vencedores; la noticia de esta victoria fué acogida en la Cámara de los comunes con unánimes aplausos. Toda la prensa europea, en tanto, no cesaba en sus burlas sobre la impotencia de los negociadores y se preguntaba cómo habían de realizar la obra de la paz quienes eran incapaces de imponer un simple armisticio. Y, sin embargo, el armisticio fué convenido cuando ya nadie lo esperaba, á bien que lo fué en las condiciones más desfavorables para los daneses, quienes habían de levantar el bloqueo de las costas y soportar la ocupación de la Jutlandia. La tregua se pactó por cuatro semanas; así lo había querido Dinamarca por un motivo que no ocultaba, á saber, que si transcurrido este plazo se reanudaban las hostilidades, tenía empeño en aprovecharse de la primavera y del verano, corto momento en que su flota podría moverse libremente en los mares.

Si se deseaba sinceramente la paz, cuatro semanas bastaban para lograrla; y si se obraba de mala fe, ¿qué importaban los aplazamientos? El 12 de mayo, la conferencia abordó el objeto principal de sus deliberaciones.

Aunque lord Russell lo había propuesto, nadie había pensado en remontarse á los orígenes del conflicto dinamarqués, que era la cuestión complicada, la cuestión fastidiosa por excelencia. Apenas se inició la discusión, el conde Bernstorff, plenipotenciario de Prusia, proclamó con tranquila audacia la máxima temeraria y peligrosa de que el estado de guerra destruía todos los compromisos anteriores, lo cual equivalía á invalidar todos los tratados precedentes y significar muy claramente á Dinamarca que no había de esperar verse en otra situación que en aquella á que sus desgracias la habían reducido. En la siguiente sesión el diplomático desarrolló su tesis, y descendiendo del terreno de los principios al de la aplicación, expuso que la paz sólo podía ser sólida y duradera si los ducados, unidos por instituciones comunes, obtenían una completa independencia política. Al oír estas palabras, el Sr. de Quaade, muy emocionado, interrumpió al orador diciéndole: «¿En qué consistirá la unión de los dos ducados? ¿Qué vínculo les unirá á la corona danesa?» A lo que el señor de Bernstorff replicó con gran aplomo: «Ante todo es preciso saber quién es el soberano legítimo de los ducados del Sleswig y del Holstein.» Esta cuestión, hasta entonces dudosa, pareció quedar definitivamente resuelta en la sesión de 28 de mayo, en la que el conde Apponyi, embajador de Austria, declaró sin ambages que los dos ducados debían ser segregados de Dinamarca. ¿Cuál sería el soberano de este Estado nuevo? El conde Apponyi, al resucitar el nombre del duque de Augustemburgo, de quien muchos ya no se acordaban, propuso que se validaran sus derechos. El Austria, obrando así, perseguía un doble objeto, satisfacer á la Confederación germánica y prevenir una anexión real ó disfrazada de parte de Prusia. Esta dejaba hablar á los demás, pero se reservaba el derecho de tratar al pobre príncipe como á esos infelices comparsas de teatro que son tolerados y hasta exhibidos, pero que cuando llega el momento decisivo son retirados del escenario.

Fuese cual fuere la futura suerte de los dos ducados, una cosa resultaba evidente y era la afirmación del derecho de conquista. Y para completar la confusión, sucedería que el ejemplo de ese duque de Augustemburgo, proclamado de repente príncipe legítimo, á pesar de que en otro tiempo Austria lo había declarado imposible y Prusia despreciable, despertaría otras codicias y haría renacer todas las competencias que el tratado de Londres había suprimido; y en lo venidero todos los candidatos que un día se retiraran, renunciarían á su renuncia; tal harían el príncipe Federico de Hesse y el duque de Oldenburgo, con lo que surgirían para esos dos infelices ducados tres pretendientes, sin contar á Cristián IX, apoyado en el tratado de Londres y en la designación de Federico VII, y sin contar tampoco á las dos potencias beligerantes, quienes, no obstante su repentina inclinación á favor de Augustemburgo, tal vez no se resignarían á haber trabajado en resumidas cuentas en beneficio de otro.

En tales circunstancias, los neutrales y muy especialmente los ingleses, que eran los más activos, se dedicaron á limitar la conquista ya que decididamente era forzoso soportarla.

La proposición formulada por lord Russell se pre-

sentó en 28 de mayo, después de la moción en favor de Augustemburgo: el plan consistía en segregar de la monarquía danesa el Holstein, el Lauenburgo y además una pequeña porción del Sleswig, es decir, la parte meridional de esta provincia hasta el río Sleib; y con esta combinación se esperaba satisfacer las aspiraciones de las potencias germánicas, que afirmaban con gran energía que el Sur del Sleswig estaba, en mayoría, poblado por alemanes. El proyecto fué apoyado por los representantes de Francia y de Rusia y también por el plenipotenciario sueco, que, sin embargo, lo conceptuó muy duro: los propios daneses, después de una larga resistencia, adhirieron á él tristemente, y abriendo sobre la mesa de las conferencias un mapa de su patria, marcaron con su propia mano una línea-frontera que, salvo una ligerísima rectificación, seguía el trazado británico. Faltaba oír á los plenipotenciarios alemanes: éstos comenzaron por hablar de su espíritu de conciliación, y este principio despertó alguna esperanza; pero ¡cuán grande fué el desengaño cuando se escuchó su contraproposición y se vió que se adjudicaban no el Sleswig meridional, sino todo el ducado, dejando únicamente á Dinamarca una faja de tierra en las fronteras de la Jutlandia! La discusión fué larga y sin probabilidades de llegar á un acuerdo, pues los alemanes no querían rebajar sus exigencias ni los daneses consumir su inmolation. El armisticio, que tocaba á su término, fué prolongado por quince días, y la esperanza, cada vez más débil, de lograr una avenencia, sugirió algunos otros proyectos. Pensóse en organizar un plebiscito en los distritos del Sleswig, en donde estaban mezcladas las dos poblaciones, dinamarquesa y germánica, y el embajador de Francia, por lo general bastante taciturno, apoyó calurosamente la proposición y aun la mantuvo por su propia cuenta cuando iban á concluir las sesiones de la conferencia, pidiendo el voto por principios. En la sesión del 18 de junio, los ingleses, haciendo una última tentativa en pro de la paz, propusieron que los beligerantes confiaran á una potencia amiga el trazado definitivo de la frontera, pensando sin duda en que ese monarca amigo á quien no se nombraba fuese el emperador de los franceses ó tal vez el rey de Bélgica; pero cuatro días después desvaneciése también esta última probabilidad de una inteligencia, por haberse negado los daneses á retroceder más allá del Sleib. En cuanto á los austro-prusianos, su adhesión estaba subordinada á reservas más ofensivas que una negativa, pues recusaban al mediador si había de ser escogido entre los soberanos representados en las conferencias, aparte de que si aceptaban el arbitraje era con la condición de que la sentencia no les obligase.

Así se consumían en una actividad estéril los esfuerzos de la diplomacia. Lo más curioso y también lo más triste no eran las sesiones celebradas en *Downing-Street*, sino las relaciones entre París y Londres, que es en donde ha de buscarse la verdadera causa del fracaso definitivo. Hay algo peor que el aislamiento, y son las alianzas que abriga en su seno la sospecha; y la franco-inglesa fué una de estas alianzas.

¡Cuántas comunicaciones se habían cruzado en seis meses entre el *Foreign-Office* y el muelle de Orsay! ¡Cuántas entrevistas habían celebrado lord Cowley y el Sr. Drouyn de Lhuys! ¡Cuántos mensajes oficiales, cuántas notas,

cuántos proyectos! De todos esos negociadores, el más importante había sido lord Clarendon, que había llegado á París la víspera de las conferencias. Entre gentes resueltas y confiadas habría bastado una hora de conferencia para concretar las bases principales, pero, dado el estado recíproco de los ánimos, cuanto más menudeaban las confesiones, tanto más se acumulaban las causas de inquietud. Cuando los ingleses pensaban en sus amigos los daneses, injustamente atacados y vencidos por el número, se conmovían, hablaban mucho y estaban casi á punto de armar sus barcos, ya que no sus batallones; pero, en cambio, cuando veían que su adversario sería la Prusia, ese otro amigo de la Gran Bretaña, comenzaban á refrenar sus ardores; y, por último, al reflexionar que su aliada sería Francia y que la próxima campaña podría ser el reverso de Waterloo, una novedad tan inaudita acababa de inquietarlos y se enfriaban del todo. Los hombres de Estado británicos, al ver que se destruía el tratado de 1852, firmado en Londres y bajo sus auspicios, sentían grandes deseos de indignarse; pero había otros tratados que les interesaban aún más, los de 1815: ahora bien, si se unían á Francia, que parecía detestar estos convenios, ¿no acabaría esta potencia por abolirlos en caso de triunfo? Por consiguiente, resultaría que para preservar una columna del orden europeo se correría el riesgo de hacer vacilar todo el edificio. En el entretanto, á cada nueva audacia de Prusia, la prensa mostraba gran excitación y se escuchaban grandes clamores en la Cámara de los comunes. El día 1.º de mayo, después de la segunda reunión de la conferencia, lord Palmerston, jefe del gabinete, vió al conde Apponyi, embajador de Austria acreditado hacía tiempo en Londres, y le dijo gravemente: «Quiero hablaros no como ministro inglés, sino como particular, y lo que voy á deciros no es una amenaza, sino una advertencia amistosa: en tierra no podríamos luchar, pero por mar somos fuertes.» Y después de haberse así expresado, añadió que si una escuadra austriaca penetraba en el Báltico, otra escuadra inglesa penetraría también en él inmediatamente (1). El aviso era serio y parecía precursor de la guerra. Al día siguiente, lord Paget, miembro del almirantazgo, anunciaba en la Cámara de los comunes que la flota se encontraba en las Dunas, y añadía, en medio de los aplausos de la asamblea, que estaba dispuesta á dirigirse á cualquiera parte del mundo (2). Sin embargo, Palmerston, que había dado cuenta de su conversación á Russell, había escrito á éste poco antes cartas bien diferentes, en las cuales sólo expresaba un temor, el de que Francia, en caso de guerra, marchara hasta el Rin. Pero, hasta en estas circunstancias, que durante unos días parecieron críticas, prevaleció la prudencia y la flota de las Dunas, que había de dirigirse á cualquiera parte del mundo, al fin no fué á ninguna parte.

Esta alianza desagradable, que para Inglaterra constituía un fenómeno extraño, no era menos singular para nosotros. Nuestra diplomacia, como queriendo justificar nuestra inacción, dedicábase á demostrar la diferencia que entre nuestros intereses y los de la Gran Bretaña existían: no nos unían á Dinamarca los mismos

(1) Carta á lord John Russell de 1.º de mayo de 1864 (Evelyn Ashley, *Life of lord Palmerston*, tomo II, págs. 432-433).

(2) *Parliamentary Debates*, tomo CLXXIV, pág. 199.

lazos de familia ni las mismas relaciones comerciales; los riesgos tampoco serían los mismos, pues Inglaterra sólo aventuraba unos cuantos barcos al paso que Francia habría de llevar todo el peso de una gran guerra continental, y no era posible turbar la paz general por cuarenta ó cincuenta mil almas que podían perderse ó ganarse en el Sleswig (1). Mientras Inglaterra se inclinaba á tratar con miramientos á Prusia, como á una antigua aliada, Napoleón la acariciaba como á una amiga nueva á quien se podría explotar; el gobierno de Berlín, que se había hecho cargo de esta tendencia, procuraba fomentarla y Bismarck no cesaba de alabar la sabiduría y la moderación prudente de nuestro emperador.

Ideas tan distintas engendraban consejos discordantes. Habiendo propuesto lord Russell, en 28 de abril, señalar como límite de los Estados daneses la línea del Sleib, el ministro de Dinamarca en París, Sr. de Moltke-Hwitfeld, corrió á las Tullerías y suplicó al emperador que apoyara aquella combinación; pero el soberano, protestando de su buena voluntad personal para con Dinamarca, le contestó que no arriesgaría la paz de su país. Y después de haberle manifestado que Inglaterra nada haría, cogió un mapa del Sleswig y, marcando en él un trazado que apenas difería del que proponía Prusia, añadió: «Resignaos con esta línea de demarcación, pues de lo contrario os lo quitarán todo.» Al Sr. de Moltke-Hwitfeld no le quedó más recurso que partir para Londres, exponer allí á los representantes daneses las miras contradictorias de ambas cortes y aconsejar en Copenhague la sumisión (2). Las dos potencias diferían en sus fórmulas tanto como en sus pensamientos; pues mientras los ingleses querían limitar la conquista y buscar, ajustándose á la naturaleza de los lugares ó á las relaciones comerciales, una frontera buena y sólida, los franceses se concretaban á hacer algunas vagas declaraciones insistiendo en la mala distribución de los grupos daneses y alemanes y en la urgencia de proceder á una consulta nacional. De cuando en cuando, en el curso de las conferencias, el príncipe de la Tour d'Auvergne repetía, cual si obedeciera á una consigna, algunas de estas máximas, y luego, como obedeciendo á una consigna también, volvía á quedarse silencioso. Prusia se guardaba bien de contradecirle y en caso de necesidad hasta le apoyaba. ¡Qué suerte para Bismarck que ingleses y franceses usaran tan distinto lenguaje! Mientras los primeros hablaban de trazado positivo y los segundos de nacionalidad, ¡cuán fácil había de serle abrirse camino entre la geografía de los unos y la etnografía de los otros! Por muy descorazonadora que fuese esta situación, los dinamarqueses no renunciaban todavía á defender la causa de su país, é iban de los franceses á los ingleses buscando en ambos ayuda y consuelo. Si el asunto no hubiese sido tan triste, ¡qué narración tan chistosa habrían podido hacer! Aquellos supuestos aliados se achacaban mutuamente las responsabilidades y decían más mal el uno del otro que de ninguno de los beligerantes. A veces, sin embargo, el lenguaje empleado en París parecía más belicoso; pero siempre había en él una maliciosa salvedad que nunca

(1) Véanse *Documents diplomatiques*, 1864, págs. 21-24.

(2) Hansen, *Quinze ans à l'étranger, les coulisses de la diplomatie*, pág. 22.

dejaba de formularse: «Por nada del mundo intervinamos, decía el Sr. Drouyn de Lhuys, si Inglaterra no envía una división al continente.» En uno de los últimos días de la conferencia, decía el Sr. Rouher: «Si intervinimos, nos preocuparemos más de Venecia ó del Rhin que de Dinamarca;» ante tal afirmación los hombres de Estado británicos guardaban silencio, y Francia, fundándose en que Inglaterra no quería comprometerse fundamentalmente, se afirmaba en la resolución de no comprometerse poco ni mucho.

Dadas estas disensiones, ¿de qué había de servir la conferencia?, ¿no estaba ésta acaso de antemano condenada? El 25 de junio celebraron los plenipotenciarios su última reunión; el armisticio, prorrogado por quince días, tocaba á su fin; veinticuatro horas más, y los aliados, libres de todo temor, podrían reducir á discreción lo que quedaba de Dinamarca. Antes de separarse, tuvo cada plenipotenciario empeño en justificarse, resultando de esas declaraciones que todos tenían la conciencia muy limpia, en particular los alemanes. El representante del Austria denunció, con acento de la mayor desaprobación, «la insoportable terquedad de Dinamarca;» el mismo reproche, dicho con igual buena fe, había de serle dirigido en día no lejano á su propio país.

Los soberanos de Austria y de Prusia hallábanse juntos en Carlsbad con sus ministros y sus cortes cuando supieron que se había disuelto la conferencia; y el mismo día en que se recibió esta noticia, Bismarck dijo al duque de Gramont, con quien se encontró casualmente: «Gracias al talento de vuestro soberano la guerra está localizada. Vamos á terminarla muy de prisa, porque necesitamos los ducados y los tendremos... Conseguido esto, añadió como si ya vislumbrara otro enemigo, podéis estar seguro que dejaremos completamente tranquilo al rey de Dinamarca (3).»

IV

En los días siguientes la cuestión danesa quedó definitivamente enterrada. En Londres los funerales fueron solemnísimos, pues durante una semana, ora en la Cámara de los pares, ora en la de los comunes, la oposición expuso con gran elocuencia lo que los ministros habrían debido hacer y no hicieron: «Hemos amenazado al Austria, decía el Sr. Disraeli, y el Austria ha hecho tanto caso de nosotros como del soplo del viento; hemos amenazado á Prusia y Prusia nos ha provocado; hemos censurado á la Dieta y la Dieta nos ha tratado con desprecio.» Los consejeros de la reina, lord Palmerston y lord Russell, sin inmutarse gran cosa ante aquel desbordamiento de ataques, se asociaron á todos los testimonios de simpatía dedicados á Dinamarca, de manera que, por ambas partes, la oración fúnebre fué completa (4).

En París el sacrificio se consumó sin frases, hasta con cierta brutalidad, y se puso empeño en no engañar á aquellos á quienes decididamente no se socorrería. El día 6 de julio, el representante de Dinamarca, señor de Moltke-Hwitfeld, fué al ministerio de Negocios ex-

(3) Correspondencia inédita.

(4) Véase *Parliamentary Debates, Third series*, tomo CLXXVI, págs. 709 y siguientes.

tranjeros, y fué como vencido, pero como vencido que aún se obstina en esperar; allí encontró al Sr. Drouyn de Lhuys que le habló muy claramente y le expuso su convencimiento de «que el Sleswig estaba del todo perdido para Dinamarca.» «Mis palabras han sido inútiles, escribía tristemente el Sr. de Moltke dando cuenta de la entrevista, y no conservo ninguna ilusión.» En una nueva entrevista el diplomático danés volvió á insistir: «¿Sería posible, preguntó tímidamente y recurriendo á toda clase de circunloquios, solicitar el arbitraje del emperador ó conseguir que tome la iniciativa de una petición de armisticio?—El emperador no hará nada de esto, respondióle inmediatamente el Sr. Drouyn de Lhuys, pues no querrá asumir ninguna responsabilidad; y sobre todo, añadió el ministro (y aquí encontramos el recuerdo irritante de las cuestiones de Polonia), no querrá exponerse á una negativa molesta... En vuestra situación, continuó diciendo, toda resistencia prolongada sería locura; dejad, pues, á un lado el amor propio y dirigíos directamente á Berlín ó á Viena. Nosotros apoyaremos vuestra demanda, pero no haremos nada más (1).»

La diplomacia aconsejaba al desgraciado Cristián IX que entrara en negociaciones y lo propio le decía el estado de su ejército. El armisticio había expirado el 26 de junio, y en la noche del 28 al 29 los prusianos habían desembarcado en la isla de Alsen, arrojando de ella á sus adversarios después de varios reñidos combates. En los días siguientes regresaron al continente y avanzaron hasta las fronteras de Jutlandia, llegando el 13 de julio á Skagen; y el 14 no quedaba un solo soldado danés en tierra firme: Cristián IX había perdido todos sus Estados, excepción hecha de las dos islas de Fionia y Seelandia.

Entonces, sólo entonces, el rey, desesperando de su suerte y de Europa, solicitó de sus enemigos la paz. El 18 de julio pactóse un armisticio é inmediatamente comenzaron las negociaciones, si es que el nombre de negociaciones merece lo que no fué más que la consagración de la conquista. El día 1.º de agosto se firmaron los preliminares: Cristián IX cedía á Prusia y á Austria, de una manera indivisa, el Luxemburgo, el Holstein y todo el Sleswig y se obligaba á no intervenir para nada en los destinos futuros de los territorios abandonados. Los daneses se sometieron, aunque temblando de ira. Los más desolados fueron los sleswiguenses del Norte, muy adictos á su dinastía y á sus instituciones nacionales, quienes, animados de una fe robusta, probaron de obtener por sus propias fuerzas lo que no había podido asegurarles la diplomacia, á cual efecto, enviaron á París una diputación compuesta, según se asegura, de un médico, de un fundidor de hierro, de un cervecero y de dos propietarios. Los delegados fueron recibidos por el Sr. Drouyn de Lhuys, quien les expresó sus simpatías, «sus simpatías profundas;» les dijo que tal vez el porvenir les reservaba bienandanzas, y, como si estas vulgaridades hubiesen podido ser comprometedoras, recomendó con gran encarecimiento á los periódicos que nada dijese de la entrevista. Los emisarios, infatigables en sus gestiones, concibieron la

(1) Despachos del conde de Moltke-Hwitfeld al obispo Monrad, de 7 y 12 de julio de 1864 (*Documentos comunicados al Riggsraad*, 1864).

idea de defender ante sus enemigos la causa que habían perdido ante sus protectores. Un agente danés fué á avistarse con Bismarck, que se encontraba en Biarritz; el ministro prusiano le recibió y se quejó de la actitud de Dinamarca durante las conferencias de Londres; supuso que habría aceptado la línea del Sleib, cosa poco verosímil, y añadió, con mayor sinceridad, que prefería una conquista parcial, pero en favor de Prusia, á una absorción total que sólo aprovecharía á Augustemburgo. «Respecto de los derechos de este pretendiente, dijo, tengo mis dudas.» Y en otra entrevista, que se realizó más adelante, dejó entender que si Prusia obtenía los ducados, podría ceder la parte septentrional de los mismos; pero (y este rasgo acaba de pintarle) que no lo haría «sin obtener una compensación (2).»

Durante estas idas y venidas seguíanse en Viena negociaciones para transformar en tratado definitivo los preliminares de 1.º de agosto. Los embajadores de Inglaterra y de Francia hicieron para conseguir este resultado vanos esfuerzos, y el encargado de Negocios formuló algunas advertencias que también fueron inútiles. A todo esto, lord Clarendon, que se dirigía á Venecia, pasó por Viena, lo cual hizo suponer que iba allí para defender *in extremis* la causa de los vencidos; pero el político inglés declaró á cuantos le interrogaron que su viaje para nada se relacionaba con la política y que no tenía otro objeto que sus asuntos particulares. El día 30 de octubre firmóse el tratado definitivo entre Dinamarca, por una parte, y Prusia y Austria por otra, sin consultar á la Confederación germánica, que estaba ya relegada á segundo término. Aquel tratado reproducía las duras condiciones de los pactos preliminares, y los dinamarqueses bajaron la cabeza ante aquel golpe de la adversidad, quedándoles, en medio de aquella disminución de su poder, el consuelo de que á lo menos en su pequeño reino estarían en su propia casa y ya no tendrían constantemente delante de sus ojos la pesadilla de la Dieta de Francfort, de las ejecuciones federales, de los textos oscuros que interpretar y de los distritos mixtos á quienes satisfacer; y después de todas las angustias de los últimos años, este aspecto simplificado de las cosas, esta perspectiva de descanso, templaba un tanto el pesar que sentían por todo lo perdido.

V

He narrado detalladamente esta cuestión de Dinamarca no por consideración al asunto en sí, sino porque encierra el germen de todas las perturbaciones futuras. Los vencidos, relegados en lo sucesivo al territorio escandinavo, recobraron el reposo sin más protesta que una débil queja contra los que les habían abandonado; su venganza había de ser la perturbación que su desgracia causaría en Europa, y desde las playas de la Jutlandia, desde el litoral de sus islas, habían de ver repetirse en el centro de Europa toda la política que contra ellos se había ensayado. En lo porvenir será un motivo inmenso de disgusto que Napoleón, tan solícito en malgastar por todas partes sus consejos, su influencia y sus armas, se contentara con echar una mirada

(2) Hansen, *Quinze ans à l'étranger, les coulisses de la diplomatie*, págs. 35 y siguientes.